

LA BREVE REENCARNACIÓN DE SAN SEBASTIÁN

Escolástico

Casas de Don Pedro puede parecer un pueblo dormido, pero las apariencias engañan. Detrás de esa monótona fachada se esconde una rica vida interior.

Por ejemplo, lo que le pasó a la señora T. (Pongamos sólo la inicial para guardar el anonimato. Aunque si digo que es viuda desde hace tres años y que vive holgadamente administrando las rentas del difunto y es un poco beata, pese a que aún no ha cumplido los cuarenta, algunos ya sabréis a quien me refiero). La señora T es muy devota de san Sebastián. Podía haber elegido a cualquier otro santo, pero como pasa cada día delante de la estatua, le cogió afición a ése; ya se sabe que el roce hace el cariño.

La señora T madruga todos los días del año para que los malos pensamientos la pillen levantada y no en la traicionera molicie del lecho. Con las primeras luces ya está dando su paseíto temprano. Cada día, invariablemente, se para delante de la estatua de san Sebastián y tiene con él una breve conversación. Un breve monólogo, para ser preciso, porque el santo de piedra, hasta la fecha, nunca le ha contestado.

Esta mañana, para sorpresa de ella, la estatua había desaparecido; estaba únicamente la peana vacía en medio del jardincillo y la señora T, disgustada, hubo de continuar su camino cargada con el incómodo peso de lo que no pudo decirle al santo.

Como a la corta o a la larga la liebre es de la galga, o quien la sigue la consigue o a quien madruga Dios le ayuda, o la fe mueve montañas,... El caso es que la señora T, al continuar el paseo, se topó con un hermoso efebo atado al árbol que hay junto a la puerta de la iglesia de san Pedro. El pobre chico, vestido sólo con unos calzoncillos desgarrados, mostraba una armónica anatomía salpicada de moratones, rasguños y otros signos de haber sido maltratado.

La señora T se acercó con cautela porque sabía que el Maligno es capaz de presentarse bajo cualquier apariencia con tal de hacer caer en la tentación a los incautos. Se acercó hasta casi tocarlo y, de cerca, le pareció que aquel muchacho no tenía nada que ver con el demonio pues resultaba clavadito a san Sebastián. Aunque maltrecho, no estaba muerto pues aún rebullía y se quejaba débilmente, como un gato malherido.

La señora T miró con sigilo a uno y otro lado y, como no viera a nadie, decidió desatar ella misma al muchacho y prestarle ayuda. Por su cabeza pasaban, mezcladas y en tropel, una infinidad de historias piadosas que había leído o escuchado en las que, indefectiblemente, un santo, o el mismísimo Jesucristo, se presentaban en estado de necesidad y acababan siempre recompensando a su benefactor.

Movida por la piedad, y la esperanza de la recompensa, la señora T pasó un brazo del chico por encima del hombro y, con paso renqueante, consiguió llevárselo a casa. Después de mucho meditarlo decidió acostarlo en su cama, que era amplia y cómoda.

Trajo el botiquín y, a falta de aquellos ungüentos milagrosos de que hablan los libros, sólo pudo contar con agua oxigenada para lavarlas y Betadine para curar las heridas del muchacho, que, quizá rendido por el dolor o el cansancio, o aliviado del sufrimiento, se quedó dormido tras aquella primera atención.

Los libros de las historias de santos no suelen dar muchos detalles para manejar estas situaciones, así que la señora T se vio enfrentada a las más acuciantes de las dudas: ¿debía esperar a que el durmiente despertara y le diera instrucciones? ¿Tenía que consultarlo con el cura que era el experto en el tema? ¿O había que sentarse, simplemente, y esperar que la voluntad divina siguiera su curso sin interferencias?

Pasó un largo rato sin decidirse, pero como se aproximaba la hora de hacer la comida y Dios no había enviado ninguna señal ni el durmiente despertaba, la señora T decidió acercarse a hablar con el cura para que la orientara. Lo encontró en la sacristía, sentado a la mesa frente a un rimero de

libros y papeles, entregado a labores burocráticas.

-Buenos días, don José, -dijo. (Todos sabemos cómo se llama el cura, pero lo llamaremos don José, por razones obvias)

-Buenos días, señora T, -respondió él levantando la vista de los papeles con gesto de extrañeza, pues ella nunca se acercaba hasta allí, era más amiga de contar sus cosas en el confesionario-.

¿Tiene algún problema?

-No sé si es un problema o una bendición, -dudó ella-, pero quería consultarle una cosa.

-Pues usted me dirá, -repuso el cura mirándola y cruzando los brazos con un gesto paciente como quien se prepara para escuchar un largo y tedioso discurso.

En este punto no estaría de más hacer algunas precisiones que explicarían la actitud del cura. Doña T., desde que quedó viuda, comenzó a tener sueños perturbadores. Como la naturaleza de éstos era de un alto contenido pecaminoso, la señora T, no se atrevía a contarlos a sus vecinas por vergüenza. Y como los sueños continuaban a pesar de que ella se entregaba a la oración y se imponía duras penitencias, optó por contarle los pormenores al cura, en confesión. Así, además de descargar la conciencia, se aseguraba de que aquello no se airease.

-Esta noche, fíjese, -se desahogaba la señora T en el confesionario, por poner un ejemplo-, he soñado que se me quemaba la casa. De debajo de la cama salía humo y unas llamas rojas. Yo no sentía demasiado calor, me desperté y continué tranquilamente en mi cama. La primera cosa extraña es que yo no llevaba mi camisón de todos los días sino un picardías negro, cortito y transparente como las pilinguis de las películas. Entonces un bombero tiraba la puerta de la habitación al suelo de una patada. Y yo pensaba: ahora éste me coge en brazos y me salva; cuando salgamos por la puerta de la calle estarán todos los del pueblo mirando y estallarán en un aplauso entusiasmado, como en las películas. Pero el bombero, en vez de salvarme, lo que hacía era ir desnudándose lentamente al ritmo de una música que sonaba a todo volumen y cuando estaba sólo con un tanga...

-Señora T, -interrumpía el cura-, usted ve mucho la tele, ¿no?

Y ella perdía el hilo, se olvidaba del bombero y comenzaba a lamentarse de que desde que se quedó viuda se sentía muy sola y que tenía que ponerse a mirar la tele para pasar el rato, porque no siempre el sueño le llegaba para concederle un descanso reparador. Y como en la tele no salían más que guarradas y malos ejemplos, claro, sus sueños se llenaban de aquellas escenas pecaminosas que la obligaban a pasar por el confesionario todas las semanas.

-Para pecar, -le explicaba don José-, tenemos que poner algo de nuestra parte; no podemos ser responsables de nuestros sueños.

-Ya, padre, -justificaba ella-, pero el caso es que disfruto soñando esas cosas. En mi cuerpo, algunas veces, se producen cosas que sí son pecado.

Entonces don José se frotaba los ojos como para ver más claro, le imponía una penitencia y le recomendaba que en vez de ver la tele, leyese algún buen libro, de esos que inclinan el alma a los elevados pensamientos.

Era un gesto muy de don José frotarse los ojos. Como ahora, en la sacristía. Apartó un poco los papeles que tenía delante y volvió a preguntar, porque la señora T no arrancaba:

-¿Cual es, entonces, el problema?

-Es que tengo en casa a san Sebastián y no sé qué hacer con él, -respondió, por fin.

Don José no pudo evitar llevarse otra vez las manos a los ojos; aquella respuesta necesitaba alguna explicación más detenida.

-Supongo, -trató de entenderlo en el sentido más lógico-, que se ha comprado una imagen del santo. O una estampa. Y querrá que se la bendiga.

-No, no, -dice ella con mucha lógica-, eso no sería ningún problema, ¿no? Pero al que tengo yo en casa es al santo en carne y hueso.

-¿Cómo?, -se extraña el cura-. Explíqueme eso.

-Pues que allí lo tengo, en calzoncillos, acostado en mi cama, que es el sitio más cómodo que se me ocurrió, que el pobre estaba destrozado. Le curé un poco las heridas y se quedó dormido.

-¿Y cómo llegó hasta su cama? -preguntó él, entre curioso e incrédulo.

-Pues lo llevé yo como pude, que el pobre no podía ni caminar. Cuando vi que había desaparecido la estatua ya barrunté que pasaba algo raro. Y un poco después di con él: estaba atado al árbol de la puerta de la iglesia. Pobrecillo, aunque no pone cara de dolor, tiene que sufrir mucho, siempre atado, con las flechas clavadas...

-San Sebastián está en Mérida, -aclara don José.

-No, no, -porfia ella-, le estoy explicando que está en mi cama.

-Me refiero a la estatua del santo. Se la llevaron ayer tarde para repararla en un taller de Mérida.

Por eso no vio la estatua esta mañana.

-Huy, no lo sabía. Si no es el santo, -razona ella comenzando a intranquilizarse-, ¿entonces a quién tengo en mi cama? Venga usted conmigo, porque si no es el santo, será el demonio que me ha engañado con esa apariencia para acabar haciéndome pecar, que la carne es débil.

-Señora T, -trata de calmarla don José-, el demonio no anda por esas calles en forma de muchacho. Quizá lo que le ha pasado es que al no ver la estatua ha comenzado a imaginarse cosas y...

-Le juro por ...

-No hace falta jurar, señora T.

-Pues le prometo, por lo que más quiera, que tengo un muchacho acostado en mi cama y tendrá que venir usted a sacarlo de allí, porque si voy yo sola y se ha espabilado a lo mejor...

-No empiece con sus imaginaciones, -la cortó el cura, que comenzaba a impacientarse-, voy a ir con usted para que me deje trabajar porque si no me tiene liado toda la mañana con esas imaginaciones.

Acompañó el cura a la señora T hasta la casa, la siguió hasta el dormitorio. La cama estaba un poco revuelta, pero no había rastro del muchacho.

-Lo vé, -exclamó don José-, sólo son imaginaciones tuyas.

-Pero le juro...

-No jure, señora T. Lo que debería hacer es buscarse algún entretenimiento sano, -le aconsejaba mientras salía de la casa a paso vivo-, para evitar que tanta imaginación la acabe volviendo loca.

Mirando la cama vacía, la señora T se quedó desconcertada, como se queda un niño cuando le explota un globo entre las manos. Comenzó a pensar si tendría razón el cura y todo eran imaginaciones, maquinaciones del maligno para confundirla. Pero no podía ser, estaba segura de que aquel muchacho pesaba camino de casa, que tenía carne turgente que pudo palpar al hacer la cura,...

Lo sacó de su ensimismamiento una mano que la apresó por el tobillo. Pegó un chillido como de conejo asustado y trató de retroceder. Pero la mano no la soltó y se pegó una sonora culada. El chico, que era lógicamente el dueño de aquella mano, salió de debajo de la cama, rojo de vergüenza por el resultado de su acción:

-Perdone, señora, -le dijo al tiempo que le tendía las manos para ayudarla a levantarse-, yo no quería...

-Ni perdone ni gaitas, -respondió la señora T rechazando el ofrecimiento y tratando de recomponer la falda que dejaba sus muslos al descubierto-. Ya sé que tú no eres san Sebastián.

Una vez que la señora T se levantó y se alisó la ropa para arreglar los efectos de la caída, corrió a la puerta de la calle para ver si aún podía encontrar al cura. Miró a un lado y al otro: la calle estaba desierta. Se volvió sobre sus pasos.

-¿Y se puede saber quién eres? -le preguntó al chico.

-Kevin.

-Vaya nombres, -exclamó ella-; llegará el día en que nadie tenga un nombre como Dios manda. ¿Y se puede saber qué hacías atado al árbol? Da igual, no me lo digas. Si te echo a la calle, pueden verte salir con esa pinta y me arruinas la reputación, así que tengo que vestirme con un poco de decencia.

La señora T abrió uno de los armarios y el olor a naftalina inundó la habitación. Sacó un traje gris, que de tanto uso estaba dado de sí y había perdido toda elegancia, si la tuvo alguna vez, y se lo tendió al muchacho junto a una camisa de anchas rayas amarillas y verdes.

-¿De verdad piensa que me voy a poner eso? -preguntó el chico.

-Pues te tendrás que apañar con éste, -dijo ella con acento resuelto-, porque el traje bueno no te lo voy a dejar. Y en calzoncillos no vas a salir de mi casa.

Quizá el chico también pensó en lo inconveniente de salir medio desnudo a la calle a plena luz del día, el caso es que se avino a vestirse el traje. No había duda de que el difunto era de compleción menuda pues las mangas no le alcanzaban a cubrir las muñecas a Kevin, ni los pantalones los tobillos, aunque de cuerpo le iba holgado. No podía decirse que el chaval tuviera un aspecto elegante.

Al mismo tiempo que el chico se vestía, don José fue abordado por otros tres jovencuelos:

-¿Dónde está? -preguntó uno de ellos.

-¿Dónde está quién? -preguntó a su vez el cura mientras se frotaba los ojos. Aquel día la gente se estaba comportando de una manera imprevisible.

-Conmigo no se haga el listillo, -se plantó delante de don José el que parecía llevar la voz cantante-. No le habrán ido con el chisme a la Guardia Civil.

-Mira chico, -trató de esquivarlo y seguir su camino-, no sé de qué me hablas. Parece que hoy todo el mundo se ha vuelto loco, pero yo tengo cosas que hacer, así que déjame pasar.

-Y una mierda, -exclamó el chaval frunciendo el entrecejo y mostrando un gesto amenazante-. De aquí no se mueve hasta que no nos diga dónde está Kevin.

-No conozco a ningún Kevin, -respondió don José-, y más te valiera mostrar un poco de educación.

-Pues el chaval que estaba atado al árbol a la puerta de la iglesia ¿Dónde lo habéis metido?

-¿Estaba maltratado y en calzoncillos? -preguntó el cura. En su mente se había encendido una

lucecita.

-Ese mismo, ¿dónde está?

Les pidió que lo siguieran hasta la casa de la señora T. y el cura empujó un poco la puerta y asomó la cabeza:

-Señora T, -gritó-, ¿dónde está el san Sebastián?

-En Mérida, -respondió la voz de ella desde el fondo de la casa.

-Venga, señora T, -la voz del cura trataba de ser conciliadora-, no sea rencorosa.

La mujer empujó al chico delante de ella pasillo adelante. El cura empujó la puerta y los otros chicos pudieron ver a Kevin y, al verlo tan elegante con aquel traje gris, no pudieron contener una ruidosa carcajada.

-Así que este es el Kevin que buscáis, -dedujo el cura-. Lo que no me habéis explicado es por qué estaba apaleado y atado al árbol.

-Bueno, todos tienen que pasar una prueba para entrar en la pandilla.

-Si no queréis que llame a la Guardia Civil, -aconseja don José-, vais a coger al chico, os montáis en el coche y no volvéis por aquí en vuestra vida. No traigáis vuestras costumbres bárbaras, este es un pueblo tranquilo.

-Sí, -lo apoyó la señora T, mientras los chicos ya se alejaban, entre risotadas, calle adelante-, no quiero volver a veros, este es un pueblo como Dios manda.